

-:(✠):-

CARTA EDIFICANTE

Del H. Augustin de Valenziaga,
Coadjutor temporal formado de la Compañia de Jesus, defuncto en el Colegio del Espiritu Santo de Puebla â 13. de Enero de 1738

Escribela el P. Provincial Matheo Ansaldo, â los Superiores locales de su Provincia de Nueva-España de la mesma Compañia.

RR. PP.

P. C. &c.

LA vida del Angelical H. AUGUSTIN DE VALENZIAGA, està tan llena de religiosas virtudes, que aunque vaya en esta relacion despues de quatro años à su dichosa muerte; pienso, que no llegarà tarde para la commun edificacion de esta Santa Provincia. Que los exemplares no

tienen su eficacia por recientes, sino por santos, y heroycos. Tales son los que nos dexò este fervoroso Hermano: y deseando Yo, que tengan en la imitacion laudable efecto, se los communico à VV. RR. en esta succinta Carta, que se ha formado de lo que muchos testigos oculares, y de discrecion certificaron. Y aunque aviendo vivido en esta Santa Provincia solos catorze años, los ultimos de su vida; pudieramos ignorar mucho de ella, y por ventura, lo mas raro de su infancia, y primeros religiosos fervores: pero previniendo esta falta la discreccion de sus Superiores, y Padres espirituales, advirtieron estos mandar al H. Augustin escribiesse puntualmente todos los sucessos de su passada vida. A que obedeciendo el Hermano, con sentimiento de su grande humildad, diò las noticias deseadas: que juntas con las que nos ministrò en sus ultimos años immediatamente su religiosidad, ofrecieron cumplida materia para esta relacion.

Naciò el exemplar Hermano Augustin de Valenziaga á 21. de Julio del año de *1696.* en Ascoytia, una de las principales Villas de la cèlebre Guipozcoa. Sus Padres fueron, Antonio de Valenziaga, y Ursula de Azpiasu. Uno, y otro de corta fortuna: pero ambos calificados en linage, y en procederes: juntando sencillamente, con la limpieza de la sangre, el candòr del Alma: que caminando por la ley divina lograba en la tierra la bienaventuranza de los immaculados. Tuvieron, entre otros hijos este glorioso fruto: y re

cono

conociendose en todos la virtud de sus christianos Padres, en este se exaltaba sobre todos: como que el Señor lo avia escogido, para una muy sublime santidad. A este fin lo previno con la dulzura de sus bendiciones: y paladeandolo con las consolaciones celestiales, aun no contaba quatro años de edad el Niño, quando yà suspiraba amante su corazon por su divino dueño, buscandolo por inclinacion natural, y amando como por instinto, el bien, que aun todavia no podia su capacidad discernir. Esta fue la semilla, que echò en aquella innocente Alma el Divino Labrador: y que como tierra optima volviò aquella Alma en abundantissima miès, aun en los primeros conatos de su virtud.

A los cinco años, menos dormida la razon, y alumbrada del Divino Espiritu, que la instruìa, comenzò el tierno Alumno à practicar la penitencia, y oracion: que son las dos alas conque la paloma mystica, vuela segura à la cumbre de lo perfecto. Ayunaba varios dias de la semana: y de noche se quitaba el sueño. Conducia leña del monte para su casa, oprimiendo con este rudo peso la flaqueza de sus tiernos hombros. Andaba muchas vezes descalzo; por mortificar sus plantas en las asperezas, que pisaban presurosos: añadiendo à esta pena, el dolor que causaba en sus heridas, la nieve, por donde de proposito se hazian camino. Gastaba tambien muchas horas de rodillas: y no estrivando yà en la dureza del suelo, màs sobre desiguales maderos, y agudas piedras, que lastimandolas grave-

 men-

mente, les quitaban por gran rato ſu vigòr, y coſtaba al tierno penitente mucho trabajo ponerſe en pie. No era menos lo que padecia por la injuria de los tiempos: porque aplicandole ſus Padres à la guarda de un corto rebaño, que eran ſus raìzes, toleraba en eſte oficio los exceſsivos calores del ſol, el impetu deſapaſsible de las lluvias, el rigido deſtemple de los zierzos, y la frialdad penetrante de los yelos: ofreciendo ſu cuerpo à eſtas penalidades guſtoſo ſin buſcar reparos para ſu alivio: antes sì, no queriendo uſar de los que tenia à mano; por ſatisfacer al deſeo de caſtigar ſu carne, en obſequio de Dios: á quien juntamente buſcaba con el eſpiritu, en todo lugar.

Buſcabalo en el Templo donde aſsiſtia al Santo Sacrificio de la Miſſa; con tanta devocion, que pudiera infundirla à los circunſtantes. Buſcabalo en ſu caſa: donde haziendo oratorio de los rincones, ſe empleaba en piadoſos exercicios. Buſcabalo en los campos: donde teniendo mas tiempo, y lugar mas acomodado, oraba largamente ſu lengua con palabras, ſu entendimiento con meditaciones, y con afectos ſu voluntad: dando cada dia á eſte ſanto ocio, ocho horas, y à vezes mas, porque todo el tiempo, que le dexaban libre las hazien das de caſa, lo embargaba ſu fervor, para vacar à las de ſu eſpiritual aprovechamiento. Tal vez le permitian los ſuyos, alguna diſpenſa en el trabajo; para que pudieſſe divertir el animo en algun pueril recrèo; pero ſi el paſtorcito Auguſtin acceptaba la licencia, que lo eximìa

de

de la diaria tarèa de ſu oficio; en vez de ir à vèr correr Toros en la plaza: eſpectaculo el mas provocativo para los muchachos, èl torcìa el camino buſcando ſu diverſion en viſitar Altares, rezar devociones, y ſubir al Cielo: donde tenia ſu converſacion entre los Angeles: y como uno de ellos con la Reyna de todos MARIA Santiſſima, à quien amaba como Madre, ſervia como à Señora, obſequiaba como Abogada, ofreciendole indiſpenſablemente cada dia el precioſo tributo de ſu Roſario. Ni ſe quedaba en el ſecreto del interior toda eſta gigante virtud; porque ſiendo de la condicion de la llama, que calienta, y alumbra; ſe hazia percebir ſu actividad, y ſe tranſparentaba ſu eſplendor, en las acciones externas, todas angelicas, hermoſas, y ſantas. En el roſtro ſe pintaba la virginal modeſtia, ſonaba la innocencia en ſus palabras: en ſus ojos ſe veìa el recato: en ſus movimientos dominaba la compoſtura; y en todo ſe hazia admirar la obediencia prompta à ſus mayores, la afabilidad no afectada con ſus iguales, y la humildad, aun à ſus inferiores ſencilla. Era finalmente mortificado, ſilencioſo, recogido, deſengañado, enemigo del ocio, y deſpreciador de sì meſmo.

Diez años contaba de edad, quando le faltaron ſus Padres. Pero ſi ſiendo tan niño, quedò huerfano, Dios deſde entonces, lo reconociò mas eſpecialmente hijo ſuyo: y como à tal le aſsiſtiò con mayor abundancia de conſuelos, lloviendo ſobre èl luzes, y gracia,

que

que lo formassen varon perfecto, aun antes, que perfeccionasse su obra la naturaleza. Continuò otros quatro años en el exercicio de pastor, y prosiguiò juntamente la escuela del Maestro Divino. Quien, como tenia yà en la soledad à este hijo discipulo, le hablò tan altamente al corazon, que abrasandolo en el fuego de su amor, no hallaba el dichoso paciente sociego en las criaturas. En qualquiera, que fixàra la vista encontraba fuertes incentivos, que lo hazian buscar en el Cielo su amado fin. Aqui flechaba sus ancias, sus deseos, y gemidos: y como fuera de sì vagueaba su espiritu, deseando romper la carzel del cuerpo, que lo detenia por unirse con èl mismo, que lo abochornaba. Lo martyrizaba el amor, y al mismo tiempo lo recreaba: y mezclandose las penas con las dulzuras, no es facil decir el efecto, que correspondia en el amante. Pero yà lo dexò escrito èl mesmo en sus apuntes, que dicen de esta suerte: *Valgame Dios, què vida era esta: mas del Cielo, que de la tierra! Con quien hablaba Yo? Con Dios, con su Madre, con los Angeles, y con los Santos; porque con los hombres hablaba Yo muy poco. Què amor de Dios tan grande! Como no rebentè de amor de Dios, y de su Santissima Madre! La union de Dios era tanta, que me parecia aver llegado à lo extremo. Què gozos communicó Dios á mi Alma en todo este tiempo! Con què luzes me alumbró! Què conocimientos me dió de su divino amor, y de su Madre Santissima! Yo no lo puedo explicar. Solo Dios por su infinita misericordia, me pudo mantener; y Yo no sé como no me moria. Los rincones, y bosques*

bus=

buscaba Yo para llorar mis culpas, con lagrimas, suspiros, rigores, y malos tratamientos de mi cuerpo. Què fervores eran entonces los mios! Què clamores! Solo Dios lo sabe. Hasta aqui son palabras del bendito Hermano: en que muestra bastantemente quanto lo avia favorecido la divina bondad, y quanto avia en aquellos primeros años adelantado su espiritu.

Con esta bonanza corriò hasta los catorze años: en que tocando los de la pubertad, como que yà fuesse tiempo de exercitar su virtud con la tribulacion, lo puso Dios en campo de batalla. Entrò en èl, animoso el soldado de Christo, que encendido con mas ardientes deseos de servir à su dueño, comenzò nueva vida, como que la passada tuviesse mucho, que emmendar, aviendo sido angelica. No obstante preocupado del divino temor, hallaba en sus passados fervores, tibiezas: y calificandolas su delicada conciencia delictos, se prevenia para llorarlos. Poniase à los ojos el trance terrible de la muerte, que jamàs apartò de su pensamiento, y horrorizado se ofrecia à mayores penitencias, à mas larga oracion, y à tomar estado en que vivir seguro. No hallaba otro, que el de la Religion, y prendado de la humildad, que veìa en el observantissimo Convento, que tiene en el Santuario de Aranzazu el Orden de San Francisco, hizo animo de tomar su habito en este mismo lugar, donde bebiò el exemplo. Este designio, que no passò las lineas de un proposito, sonò à la sencillez del Joven à voto perfecto: y juzgandose obligado con

èl,

èl, por quatro años continuos estuvo pidiendo, con lagrimas, y particulares oraciones à MARIA Santissima, le facilitasse su cumplimiento. En el entretanto, no pudiendo sufrir el demonio, en tan corta edad tanta perfeccion se armò, permitiendolo Dios assi, para probar à su Siervo, y acrysolar su merecimiento en la tentacion, que contra su innocencia comenzò desde entonces el enemigo, y no interrumpiò, hasta que corrieron otros catorze años, como los que ahora contaba de edad el attribulado Augustin.

El primer abanze, fue profanar con obcenas especies el sagrado de su imaginacion: passando despues à encender la carne con fuertes estimulos, de que esperaba, si no el estrago, al menos, que la opacidad de los humos deslustrasse los virginales candores del innocente. O quanto se afligiò el Angelical mancebo, al experimentar en su interior huespedes tan feos, como desconocidos! Acudia por el remedio à la oracion: clamaba con gemidos al Cielo: añadia à las ordinarias, mayores penitencias: frequentaba con mas ancias los Sacramentos. Pero como Dios se agradaba en vèrlo resistir, le socorria con los necessarios auxilios de la gracia: y no queria dàr treguas al combate. El dia lo passaba en tinieblas: en la noche con el reposo, venian atropadas las imaginaciones: y assorandolo con sus impurezas, le quitaban el sueño, y llenaban de temores el animo. Esta era la resulta de la victoria. Porque como desacostumbrado el olympo de su Alma de tales huellas,

llas; quedaba, aun solo de sentirlas, tan acosijado, como que le huviesse la tentacion vencido. A las congojas seguia naturalmente la tristeza: que protegida de la soledad, del desamparo, y de la ignorancia, le cerraba aun la esperanza de consuelo, que pudiera hallar en una espiritual guia aquien descubrir sus tribulaciones.

Dios empero, no le faltaba: porque quando el pesso de la tempestad lo sumergia en lo profundo del temor; aparecia el favor Divino. Y sacandolo à salvamento poderosa mano, recuperaba su antigua tranquilidad. Con lo que usufructuando inexplicable gozo, este lo alentaba para nuevas lides. Porque passada la tormenta le daba Dios à entender, ser su voluntad que padeciesse; y que èl mismo lo ayudaba, para que no fracasasse en el peligro su innocencia. Alternandose asi los desamparos, con las celestiales visitas, iba Augustin adelantandose cada dia mas: y entendiendo que mientras viviesse en el siglo, estaria arriesgado su espiritu; determinò poner por obra su vocacion en la estrechez humilde de los Religiosos Menores. Pero como Dios no lo queria, sino para nuestra Minima Compañia; ordenò su providencia el modo de traèrlo á ella, acercandolo al trato de los nuestros, con ocasion de hazerse en la Santa Casa de Loyola una hospederia, para los muchos peregrinos, que alli concurren à venerar el sitio, en que N. S. Padre naciò al mundo.

Embiaronlo sus parientes, à que como peon trabajasse en la obra: y obediente el Joven à los que tenia

en lugar de padres, abrassò aquel mandato, sin replica ni repugnancia alguna: antes si muy gustoso por lo que tenia de mortificacion: que era el blanco todo de sus deseos. Llegò à Loyola, y comenzò su tarea, perseverando en ella mas de seis meses. Cerca de Navidad, pidiò licencia al Hermano, que sobrestanteaba la fabrica para ir un dia à visitar el Santuario devotissimo de Aranzazu. Su fin era, plantear esta vez su pretencion, y quedarse sirviendo en aquel Convento Seraphico, como lo avia determinado, en el estado humilde de Religioso Lego. Obtenida la facultad, llegò el fervoroso peregrino à aquel lugar santificado con la presencia de MARIA: y aviendo gastado gran parte de la noche en oracion serviente, pidiendo à la Santissima Virgen le facilitasse el cumplimiento de sus ancias; al dia siguiente las declarò à los Religiosos, por medio de otro, amigo suyo, que le avia acompañado en aquella peregrinacion. No tuvo efecto la diligencia: porque como los Religiosos no conocian las recomendaciones del pretendiente, y lo mas cierto, porque no era essa la voluntad de Dios; le dieron la repulsa dissimulada en los buenos terminos de consolatorias esperanzas. Volviose desconsolado el fervoroso Joven à su tarea, y edificando con los materiales, que conducia, obra terrena; con sus laudables exemplos, edificaba, en quantos le atendian, virtud. Razon porque afficionandosele uno de los nuestros, que tuvo noticia de su vocacion religiosa; le aconsejò, que pretendiesse para nuestra Compañia.

Lo

Lo mismo hizo otro, que haviendolo examinado muy despacio; hallò, que era muy apto para nuestro Sagrado Instituto: y echandole los brazos, le asegurò, que ciertamente serìa uno de los mas queridos hermanos de nuestra Santa Religion. Agradò à Augustin la propuesta: y alentado con la prometida seguridad, comenzò desde luego à pretender, y à apoyar su pretencion con le obediencia. Executaba con promptitud, quanto los nuestros le mandaban. Trabajaba en la huerta: ayudaba en la cozina: barria la casa: limpiaba los lugares comunes: y todo lo hazia con tanto amor; que causaba admiracion à todos los Padres del Colegio. Quienes aviendolo tenido en Aspeytia, quasi ocho meses; determinaron embiarlo al Colegio de Ascoytia, que por tener escuela de leer, era mas aproposito, para que el pretendiente deprendiesse las primeras letras, y el ayudar à Missa: que del todo ignoraba. Aqui se mantuvo dos años, y cinco meses, siendo aun tiempo mismo discipulo, y sirviente. Haziendose cargo de todos los ministerios de la casa, empleaba en ellos, lo mas del dia: desuerte, que le quedaba poquissimo tiempo, para epassar su leccion, y quasi ninguno para sus devociones. No obstante las pagaba puntualmente; quitando para ellas muchas horas del preciso sueño de la noche. A las vigilias de la noche, y trabajo del dia, juntaba nuevas mortificaciones corporales, usando de la disciplina, y del cilicio; que no teniendolo proprio, lo pedia prestado. Pero lo que mas admiraba à todos era su ren

dida humildad, que hermanada con mucha mortificacion, no podia discernirse, qual era en Augustin mayor de estas virtudes. La comida, que tenia de racion, sin probarla, la repartia à los pobres mendigos. Quienes al estender las manos para recibir la limosna, se las besaba con humilde acatamiento Augustin. Despues; para satisfacer à la necessidad propria, recogia los desperdicios de los mismos pobres, aquienes socorria: quitando, tal vez de la voca à los perros las duras cortesas, y desnudos huessos, que aun la misma miseria avia hecho pressas de estos animales.

Con tales pruebas, ya era tiempo de que Augustin, fuesse admitido en nuestro Noviciado. Pero aunque èl lo deseaba mucho; todavia le atormentaba el escrupulo de su imaginario voto: temiendo desagradar à Dios, si dexaba el sayal Francicscano por la sotana de la Compañia. Ya los nuestros avian asseguradole la conciencia, diciendole, que atendidas las circunstancias, el modo, y la intencion, nunca llegò à ser voto formal su deseo: y que quando lo fuesse; à lo que podia obligarle era à hazer efficazmente la diligencia de tomar el Havito: lo que si avia ya executado no tenia obligacion de obtener el effecto, que no pendia de su voluntad: y que teniendo en la Compañia aquella grande humildad, que fue todo el motivo de apetecer el Convento de Aranzazu, tanto seria entrar en una, como en otra Religion: porque el estado de nuestros Hermanos Coadjutores, siendo estos los que prescribe nuestro Instituto:

tuto :

tuto: no cedeo en humildad à los Legos de qualquiera otro Orden. No obstante esta razon, tomò Augustin tiempo para deliberar: y acudiendo, como solìa frequentemente, à la Capilla de nuestra Señora de la Concepcion, que ay en el Colegio de Ascoytia; consultò al oraculo de MARIA Santissima, y añadiendo à sus suplicas, el empeño de nuestros Padres S. Ignacio, y S. Francisco Xavier, para conocer la voluntad divina; perseverò largo rato, en su tan piadosa demanda. Despues del qual, rayando en su alma la celestial luz, entendiò, que Dios lo destinaba para la Compañia: y quedando desde aquel punto en grande serenidad, sin la menor duda de su vocacion, hizo instancia para seguirla; lo que consiguiò luego: porque bien informado el P. Provincial de las escogidas partes del pretendiente, lo recibiò en la Compañia, mandando fuesse al Colegio de Villagarcia, à comenzar su Noviciado.

El dia mismo, que tuvo la deseada noticia de su recibo; se despidiò, assi de los suyos, como de los nuestros. Y aviendo tomado la bendicion à Dios, y à su Madre Santissima con mucha oracion, que tuvo aquella noche en la Iglesia; luego, que amaneciò emprendiò su viaje à pie: apresurando el passo, por llegar al centro de sus ancias, que era el Noviciado. Los Padres, que en èl vivian, noticiosos ya del recibido; luego que le tuvieron delante, le offrecieron los brazos, y le vistieron nuestra ropa. Comenzò el Hermano Augustin su noviciado con tanto fervor; quanto prometian, los que

aun

aun siendo seglar lo abrazaban: y pudieran servir de incentivo prodigioso à los mas ajustados Novicios. Hizose cargo de la Religion, leyendo sus Reglas: y procurò tanto ajustarse à su contenido; que solo el primer dia hablò algunas palabras fuera de tiempo. Lo que en el H. Augustin no fue falta:porque aun no sabìa la regla del silencio.Pero advertido ya de ella,en adelante jamàs la quebrantò: sucediendo tal vez,que aviendose encontrado en la porteria con un seglar,antiguo conocido suyo, y sintiendo vehementes impulsos de hablarle, à q̃ le convidaba lo solitario del lugar, entonces sin registro; venciò su inclinacion, y offreciò à Dios, à quien tenia presente en todas sus acciones, aquella mortificacion, que en juizio del Hermano, fue la mayor que tuvo en toda su probacion.

Esta continuò largando todas las velas à su espiritu: que en todo exercicio de virtud, hallaba complacencia: razon porque no me detengo en referir los progressos, que hizo en este tiempo el Novicio en la oracion, en el trato familiar con Dios, en la humildad, abnegacion propria, y en la penitencia: todo lo qual se sigue de aquel gozo, que llenando el deseo, lo incitaba, à caminar à la cumbre de lo mas perfecto, y à obedecer prompto à quanto los Superiores le mandaban de trabajo. Algunos dias hizo officio de albañil, reparando las camaras, y en ladrillando los trancitos. Despues fue ayudante del cozinero principal, aquien aliviaba de lo mas trabajoso, partiendo con el hacha la leña, y

car-

cargando sobre sus hombros los trosos mas pessados. Los ratos, que le quedaban libres, gastaba en limpiar los tablones, y bancos de las camas, y en otros ministerios de casa muy molestos. Tal era el que tenia de traèr todas las mañanas tirando un carreton con ocho arrobas de nieve: carga, que le rendia las fuerzas. Pero no por esso mostraba en el exterior la fatiga: antes si grande regocijo; que no era fingido: porque verdaderamente, no tenia mas voluntad, que servir por Dios à sus hermanos, y mortificar su cuerpo en todo lo possible.

Un año estuvo en el noviciado de Villagarcia: el otro lo passò en el Colegio de Monterrey, adonde lo mudò la obediencia. Aqui hizo sus primeros votos: y quando la Compañia haziendo todas las experiencias, que acostumbra, se diò por satisfecha de la probacion del Hermano; Dios todavia quizo probarlo por sì mesmo hiriendolo mortalmente con una fiebre tan activa, que apenas le permitiò recibir al segundo dia con grave difficultad los Sacramentos. Como Dios solo pretendia acrisolar la paciencia de su siervo conceguido el fin, embiò la salud; que recibiò el doliente como nuevo beneficio, con que la divina mano lo empeñaba à virtud mas heroyca, que la que hasta entonces avia practicado. Deseoso el H. Augustin de la correspondencia, mal convalecido todavia de la passada enfermedad, se hizo cargo de assistir â otros enfermos. El efecto fue su recaìda: de la que aunque se levantò, pero quedò tan

indiſpueſto, que por eſpacio de un año, eſtuvo padeciendo repetidas acceſsiones de la fiebre. No baſtando para ſu perfecta curacion las diligencias ordinarias à que aplicaron todo ſu cuydado los Superiores; apelaron eſtos con la acoſtumbrada charidad de la Compañia à la mudanza de temperamento: y juzgando que el de Monforte de Lemos, le ſerìa favorable, lo ſeñalaron para el Colegio, que tiene aquella Provincia en eſte lugar. Saliò el H. Auguſtin de Monterrey con la acceſsion de la calentura, eſta con la agitacion del camino llegò aumentada à Monforte. Pero continuandoſe por quinze dias, al fin de ellos fue poco, à poco declinando haſta dejar del todo libre al paciente. Quien recuperadas con la ſalud las fuerzas, las empleò, como antes, en ſervir à el Colegio por eſpacio de cinco meſes, que en èl viviò: edificandolo con la paciencia, en el tiempo de ſu enfermedad; y en el tiempo de ſu entera ſalud, con el exercicio de los officios mas penoſos, y humildes, proprios de ſu eſtado.

El ultimo Colegio, que llenò de ſu buen olor en la Santa Provincia de Caſtilla el H. Auguſtin, fue el de Villafranca del Vierzo: que logrò tenerlo dos años, y ocho meſes; y en èl todo ſu alivio. Porque ſin que le faltara tiempo para ſus Santos exercicios, ſervia el fervoroſo Hermano, aun tiempo miſmo, muchas officinas. Cuydaba, ſin mas ayuda, que la de un muchacho, de la cozina, deſpenſa, refectorio, huerta, porteria, y relox. Era juntamente deſpertador, compañero, y el que

repar-

repartia en la puerta, la acostumbrada limosna à los pobres. Muchas eran estas ocupaciones, y demandando muchos sujetos, este solo cumplia con todas: y le sobraba tiempo para servir â la primera, y segunda mesa: para atender, y dar gusto à diez y seis sujetos, que avia en el Colegio: y para otros ministerios, que el Superior le encomendaba, pagado de la actividad, esmero, y alegria, que mostraba el buen subdito en obedecer servir, y trabajar. Solo pudo hazerle interrumpir sus corporales tareas un accidente q̃ le postrò en la cama; tan asqueroso, y molesto como las viruelas: que brotandole copiosamente, tuvieron ociosa su actividad, pero no su paciencia. Mostròla el H. Augustin en esta tribulacion invicta, junta con una exactissima obediencia, â los que curaban su cuerpo. Aunque passò el mal en su rigor; perseverò en sus reliquias, que lastaron por muchos meses los ojos del paciente Hermano: porque inficionados de humor muy acre, mas servian de llorar, que de veer. No obstante, ya que mas no podia se hizo cargo de la Iglesia, y de los enfermos: y refinandose en estos su charidad, fomentaba en aquella su piedad devocion, y ternura. La barria por sì mesmo: asseaba los Altares: componia los ornamentos; y lo que mas es, era vigilante centinela de su Sacramentado Señor: de cuya presencia no se apartaba, sino para buscar al mismo Dios en los precissos actos de obediencia. Aqui como Seraphin abrasado, tendia las alas de su corazon, y bebia en su divina fuente, mas fuego para lenitivo del que en su in-

terior ardia. Aqui desahogaba su amor en ternura de afectos. Aqui se ofrecia resignadamente à los trabajos, desseando, y pidiendo ocasion de verter su sangre en obsequio de su Dios. A este efecto, yà avia escrito â N. P. General Miguel Angel Tamburino le diesse licencia de passar à las Indias, donde juzgaba estarian mas cerca, que de Europa los laureles proprios de los Martyres.

Otorgaron Dios, y N. Padre su peticion: y señalandole este para esta Provincia, celebrò la noticia el H. Augustin, quanto la sintiò la suya de Castilla: siendo esta la mayor recomendacion de este exemplar hijo, que no nos le diò, sin grande dolor suyo su Santa Madre. Sabia bien de lo que en este sugeto se privaba: y aunque llorosa repetia placemes à la de Nueva-España, por averle cavido en suerte prenda tan estimable. Luego, que fue tiempo, partiò el fervoroso Missionero à Cadiz: y embarcado en este Puerto, para el de Vera-Cruz, arribò à èl, aviendo dado maravillosos exemplos assi à los nuestros, que venian en la Mision, como à la gente de Mar, y passageros, en todo el viage. Estos se confundian, y aquellos admiraban un extraordinario temor, que se apoderò del H. Augustin; y le hazia esperar por momentos el naufragio con ocasion de aver corrido dos tormentas la nave, y puesto presente à todos el ultimo peligro. Acongoxabase mas que todos el humilde Hermano, y explicaba la causa de sus congoxas diciendo, que lo menos era morir, y lo mas perder

à

à Dios eternamente. Tan poco pagado estaba de sì mesmo, que no acusandole la conciencia de culpa grave, con todo le avultaba tanto sus faltas, que lo hazia reo de eterna desdicha. Y si estando en la seguridad de la tierra, oraba como quien peligra en un rebuelto mar; yà se supone, que expuesto aora à sus inquietudes, levantaria el punto, pidiendo à Dios misericordia, y procurando aplacar los rigores de su Justicia, con lagrimas, con suplicas, y fervientes afectos de su atribulado corazon. Yà lograba en la bonanza, tiempo frezco la nave, y el H. Augustin todavia naufragaba en la tempestad de sus temores. Duraron estos hasta que saltò en tierra, el dia 21. de Septiembre del año de 1723. Dia felicissimo para este fiel Siervo, que dando gracias à su Señor, por la vida que le avia guardado; se ofreciò para emplearla toda en su servicio; como que la divina bondad se la huviesse otorgado, para que con ella emmendasse los yerros de la passada.

Felicissimo tambien para esta Santa Provincia, que recibiendo una muy florida Mission lograba en ella, un Varon ilustre bastante èl solo para coronarla. Passò à esta Ciudad de Mexico: y luego fue assignado à nuestro Colegio de S. Andrès, para que ayudasse en su oficio al Padre que entonces era Procurador de las Missiones que tiene la Provincia en la California. Poca esphera para tanto espiritu. Pero sirviò, para que el H. Augustin se diesse à conocer, y se formasse en todos el debido concepto de su actividad. Desembarazabase

brevemente de las incumbencias de su cargo: y quedandole mucho tiempo libre, se lo daba à su Dios: con quien tenia conversacion continua, yà en el retiro del aposento, yà en la tribuna de la Iglesia, y mas frequentemente en la Capilla interior, que se ofreciò à cuydar, assi por servir al Colegio; como por poder con mas dissimulo tratar con su divino Dueño, teniendo la llave de su gavinete. De mas de esto, le encomendò el P. Rector, que visitasse la oracion de la mañana, y lo señalaba frequentemente à que acompañasse à las confessiones de fuera; porque sabia el gusto que tenia el Hermano en servir: y que siempre estaba desembarazado para obedecer; sin pretextar jamàs exempciones, por razon de su oficio, ni por la particular subordinacion, que tienen al Procurador los compañeros. Antes considerandose sujeto proprio del Colegio, prevenia la voluntad de los Superiores, para executarla: y servia continuamente à la mesa, lo que no debiera hazer aunque fuesse domestico. Quizà alguno de menos espiritu repararia en tales commedimientos, y condenaria el exemplar como nocivo à los Succesores: pero no haria estas reflexas quien procedia con santa sencillez, y tenia presente que un Hermano Coadjutor de la Compañia, no debe tener privilegios para el descanso; pues la regla le manda, que sobrandole en sus ocupaciones tiempo, vaya al Superior, para que este le dè exercicio en que ocuparlo.

Esta extension de su actividad, junta con la mo

 destia,

destia, que era el ſobre eſcrito de ſu interior : con la humildad que reſpiraba en todos ſus movimientos: con la penitencia que teſtificaban enſangrentadas las paredes miſmas : y el amor de Dios que ſe dexaba ſentir en ſus palabras todas de fuego; lo hizo ſer atendido de todos con admiracion, y venerado como hombre que era depoſito de mucha ſantidad. Tratabale mas immediatamente el P. Procurador, à quien acompañaba, y en tres años que con èl viviò, experimentò en ſu regularidad un tezon inalterable; jamàs lo viò impaciente, ni que quebrantaſſe advertidamente una regla. Viò ſi, que ſu mortificacion era continua;que ſus palabras por medidas las mas vezes dexaban imperfecto el ſentido : que quando ſalia fuera edificaba â los ſeculares : que teniendo muchos payſanos, ni admitia ſus ofertas, ni les correſpondia con liſonjas, ni ſe familiarizaba con alguno de ellos : que llevandolo â nueſtras caſas, yà ſabia que al volverſe lo avia de hallar en el choro; porque mientras el Padre iba â ſus negocios, en que ſolia gaſtar tardes, y mañanas enteras, el H. Auguſtin iba à los de ſu alma, à la preſencia del Santiſsimo Sacramento: donde permanecia immoble haſta que el P. Procurador lo llamaba. Guſtoſiſsimo eſtaba eſte, teniendo un compañero Santo. Pero como tales ſujetos tienen muchos acreedores; preſentò el derecho que le favorecia para el H. Auguſtin, el P. Rector que entonces era del Colegio de Tepotzotlan : alegando, que criandoſe alli nueſtros Novicios, pedia como de Juſticia aquella caſa â eſte

exem-

exemplar Hermano; para que fueſſe viva idèa de donde copiaſſen aquellos hembriones tiernos, la perfeccion propria de los Jeſuitas. Venciò el pleyto con poca contradiccion: porque aunque la parte del que gozaba la poſſeſsion rehuſaba perderla; pero preponderando en ſu juicio al proprio conſuelo el util de la Compañia: cediò al Hermano para el Noviciado de Tepotzotlan.

Entrò en eſta Santa Caſa, como en ſu centro el H. Auguſtin; y aunque muy provecto en las virtudes; pero como èl ſolo las ignoraba, admitiò la aſsignacion con gran guſto, por volver à ſer Novicio: y comenzando de nuevo ſu carrera, recuperar fervores de que en ſu juicio apenas le avian quedado las cenizas. Deſde el primero dia puſo la planta, que avia de ſeguir en adelante. Anticipabaſe à la de los Novicios, ſu puntualidad, en las diſtribuciones de oracion, Miſſa, platicas, leccion eſpiritual, examenes, diſciplinas publicas, y â los aſſuetos: à que ſe le ordenò aſsiſtieſſe tambien; para que aquella juventud docil à las primeras impreſsiones aprendieſſe virtud aun en el recreo, divirtiendo honeſtamente el animo ſin diſpendio del proprio eſpiritu. Tenia de mas de eſto, à ſu cuydado muchas de las oficinas domeſticas: y ſiendo ſolo ſuperintendente de las otras; por aliviar à los oficiales las ſervia tambien, como â las proprias perſonalmente, ſin dexar que hazer â otro ſu commedimiento. Poco mas de tres años viviò en Tepotzotlan, ſiendo el primer moble de cuya obſervancia pendia la regularidad del noviciado; como de

ſu cuydado todo el Colegio, que con la variedad de gremios, Novicios, Jovenes, y antiguos; y frequencia de hueſpedes ſeculares, que alli concurren, es una maquina, que para moverſe ſin deſorden ha meneſter una inteligencia.

Eralo el Hermano en todo lo que manejaba: y por eſſo, mudandole los Superiores eſphera, paſsò del Colegio de Tepotzotlan à la diſpenſa del Colegio del Eſpiritu Santo: carga que aviendo rendido hombros muy roboſtos, ſe fiò à los del H. Auguſtin, porque ſolo eſte Atlante podia ſoſtenerla, con ſu actividad, y trabajo. Aſsi lo comprobò el ſuceſſo: porque hecho capaz de la oficina; para hazerſe dueño de ella, ſe hizo ſiervo ſuyo, aſſentando eſta maxima: que no iba â mandar à los ſirvientes; ſi, â ſervir con ellos à la Communidad. Executabalo aſsi, no fiando à otros la fabrica de las conſervas, y antes, que ſe avian de poner en el refectorio. Por sì miſmo preparaba las frutas, daba punto à los almibares, cargaba los calderos, atizaba los fogones, proveìa los platos, y los ponia en las meſas. Por sì miſmo tambien daba el pan, y hazia las porciones de carne, que avian de comer aſsi los nueſtros, como los mozos, y pobres, à quienes en gran numero ſe diſtribuye eſta limoſna. Y no juzgaba, que deſmerecia ſu perſona, con eſtos ſerviles, y baxos miniſterios: porque como Hermano proprio de la Compañia, tenia entendido, que eſta era ſu vocacion: y q̃ como parece muy bien el Maeſtro en la Cathedra, diſputando arcanos theologi

cos;

cos, y el Predicador en el Pulpito hilando ſubtiles diſcurſos; aſsi tambien un Hermano Coadjutor parece con el machete en el picador partiendo carne. Deſvelabaſe por dàr prompto expediente à todo lo que era de ſu cargo, ſolicitando que las coſas eſtuvieſſen hechas à tiempo, y con el mayor cuydado poſsible; para que ſalieſſen à guſto de los Padres à quienes reverenciaba como à Siervos de Dios, por quien les ſervia. Por eſta razon ſe acongoxaba grandemente quando avia alguna falta: la que advertido, procuraba emmendar promptamente. Pero ſi conociendo todos, que la falta no era deſcuydo, ſino accidente caſual; no obſtante alguno de mal genio, no gobernando ſu afecto por la razon, manifeſtaba impaciente ſu diſplicencia; aqui era donde el H. Auguſtin tenia lo mas doloroſo de ſu mortificacion. Pero la recibia para ſepultarla en ſu pecho; ſin permitir aſſomaſſe alguna vez al labio en el deſahogo de una quexa; buſcando ſolamente ocaſion en que obſequiar al ſujeto de obras, y palabras: que las tenia muy buenas ſiempre, y con eſtas, quando por no tener licencia negaba alguna coſa, dexaba contento al que la pedia. Prevenia con tiempo todo lo neceſſario; y no omitia diligencia alguna, para comprarlo con la mayor diligencia poſsible. De que ſe ſeguian notables ahorros al Colegio: que mirò al H. Auguſtin como à bienhechor ſuyo, por eſta ſu oficioſa economìa.

Eſtà annexo à eſta diſpenſa, el cuydado de la cozina, refectorio, panaderia, y huerta: en que el H. Auguſ

gustin no permitia gastos superfluos, ni desperdicios; atendiendo à todo, como si no tuviesse otra cosa à que atender. Si en panaderia, refectorio, y cozina puso mucha reforma; donde se hizo palmar su aplicacion fue en la huerta, porque no esquilmando antes la verdura suficiente para el año, despues le sobraba para vender. Desuerte, que hechos los costos, y mantenido el gasto diario, utilizaba en muchos pesos al Colegio. Todo esto conseguia el H. Valenziaga à fuerza de trabajo; estando sobre los sirvientes à todas horas, y obrando juntamente con ellos. Pasmaba à todos, que un solo sujeto hiziesse bien, lo que necessitaba muchos: y mas, que haziendo tanto, no se rindiesse à una fatiga, que siendo excessiva en su curso ordinario, era mayor à tiempos, por la ocurrécia de especiales funciones: como en las Pasquas, y en aquellos dias solemnes en que concurre à el Colegio del Espiritu Santo todo el de S. Ildefonso. En estos dias, comia un vocado en pie, y à toda prissa; por estàr prompto à lo que se ofrecia en cozina, y en refectorio. Tampoco dormia siesta, porque no subia à su aposento, hasta aver dispuesto la cena, despachado à los mozos, y desembarazadose de los trastos, que avian servido para la comida; los que limpios, y contados ponia en su lugar. Y gastando en estas agencias muchas horas, ninguna le quedaba libre para tomar algun reposo.

Las noches de Navidad, no se recogia hasta aver comulgado: y aviendo apenas engañado à la necessi-

 dad,

dad, se levantaba muy temprano, para dàr las providencias extraordinarias de aquel dia. Y aunque atentos à la salud del Hermano le insinuaban los Superiores, que usasse consigo de alguna moderacion; entendiendo, que esta insinuacion era charitativa condescendencia, y no mandato, la renunciaba; como tambien el alivio, que pudiera tener con los medicamentos en dos fracturas, que aunque pequeñas, le afligian mucho. Se avivò una vez tanto el dolor, que no pudo disimularlo su tolerancia: y exhortandole uno que lo conociò, à que dexasse lo que tenia entre manos, y se recogiesse en el aposento; lo que pudo conseguir despues de muchas instancias, fue, que se recostasse sobre un banco. Pero à breve rato viò, con espanto suyo, otra vez al paciente afanando en su tarèa.

Ni le era de poca molestia al H. Augustin, à causa de esta su enfermedad la assistencia, que se le encomendò del relox: porque â màs de estàr muy distante de su aposento, le era forzoso subir muchas, y muy empinadas escaleras; por estàr su camaranchon en la mayor altura; notablemente superior à la del Colegio. Pero hallando aliciente el H. Valenziaga en el mesmo retractivo, agregò gustoso este trabajo al que yà en las demàs intendencias tenia. Y aun todavia mal satisfecho su deseo, buscaba en que entretener mucho tiẽpo, que despues de concluìr sus ordinarias haziendas le sobraba, y el exercicio mas penoso, esse era el que mas le arrebataba el afecto. El año de 1737. padeciò la Puebla

bla de los Angeles, aquella contagiosa epidemia, que penetrò todo el Reyno, y llamaron los Naturales en su idioma Mexicano *Mahtlazahual*: cuya causa era la sublimacion destemplada de la colera, que envenenando à la sangre, à màs de la maligna fiebre, que encendia; inducia rabiosas ancias al corazon: y liquandola la hazia saltar fuera de sus vasos en incorregibles hemorhagias por las narizes. Para socorro de los muchos pobres, que faltos de alimento morian, se dispuso en aquel Colegio, que diariamente se pusiesse una grande olla de carnero, y à ciertas horas se repartiesse à estos miserables dolientes. Tomò à su cuydado el H. Valenziaga esta provision, y juntandose en ella la mortificacion con la charidad, los doblados motivos le obligaron à doblar el esmero. El mesmo la sazonaba: èl mesmo la cozìa: èl mesmo la ministraba en la puerta reglar à los menesterosos; sin reparar en la ardentìa del Sol, que lo abrasaba; no queriendo usar para su defensa, aun del sombrero; ni de algun reparo en el peligro de su vida, forzoso à quien tocaba à los convalecientes, y heridos del contagio; quales eran los que acudian al socorro. Quizà aviendo deseado ardientemente dàr su vida por Christo à manos de los gentiles, y no aviendolo conseguido; de proposito se familiarizaba con los contagiados con el fin de ser martyr de la charidad, yà que no lo era de nuestra Santa Fee. Y parece, que fueron oìdos de Dios sus deseos: porque aviendo enfermado mortalmente en estas circunstancias, al

juycio de los Medicos; que obſervaron el typo de la enfermedad, ſus aparatos, y ſyntomas, no fue otra, que la del contagio epidemico. Eſta le acabò la vida, ſiendo corona de ſus virtudes una muerte, que (à lo que podemos diſcurrir piadoſamente) lo elevò à la Hierarchia de los Martyres.

No pedian menor premio tantos, y tan heroycos merecimientos; continuados por caſi treinta y ocho años, que corrieron deſde que tuvo las primeras luzes de Dios, haſta que la muerte extinguiò la de ſu vida. La charidad fue ſu muerte; y comenzò à vivir por la charidad; ſiendo eſta nobiliſsima virtud como en la dignidad la primera, tambien en el orden, y principio de las que ateſorò en ſu bendita Alma el H. Auguſtin. Aun no ſabia formar diſcurſos la razon; y yà ſabia amar al ſumo Bien: que arrebatandole dulcemente el corazon, lo iba diſponiendo para aquella union afectiva, que transforma en divina à la criatura. Eſta charidad, que pareciò naturaleza, fue la que rigiò ſiempre ſus deſeos: la que le puſo azibar en los plazeres mundanos: la que le hizo concebir deſengaños, aun antes de conocer los peligros: la que le infundiò las ancias de ſeguir el eſtado religioſo: la que lo traxo à la Compañia: la que lo encendiò en los deſeos del martyrio: la que por lograr eſte fin, obligò à pedir à N. P. General lo ſeñalaſſe para las Indias. Eſta la que eſtando yà en Mexico lo urgiò, para que volvieſſe à pedir à N. Padre le permitieſſe ir à las Miſsiones, donde aun conſervan ſu

ferocidad los Naturales: la que le endulzò tantas, y tan continuas mortificaciones: la que finalmente animaba todas ſus obras. Porque como encendida hoguera ſu corazon reſpiraba en ſus ojos, en ſus palabras, en ſus paſſos, en ſus movimientos, en ſus miſmas reſpiraciones. El meſmo confieſſa en ſus apuntamientos, que le parecia eſtàr todo lleno de amor de Dios: y que temia quedaſſe dichoſamente conſumida ſu vida con tanto incendio; ſiendole forzoſo muchas vezes reprimirſe para no ſalir gritando, que amaſſen à Dios, que ſolo es digno de ocupar el corazon humano. Por eſſo el ſuyo eſtaba totalmente deſpejado de todo mundano afecto; como que lo llenaba, quien ſolo era digno de todo amor; amandolo por ſola ſu bondad, y con tanto deſinterès, que no ſe proponia otro premio de ſu amor, que amor, y mas amor. Aſsi lo repetia ſu fineza, añadiendo lo que de ſu devotiſsimo Apoſtol San Xavier avia aprendido: *Aunque no huviera Cielo, yo te amara: y te amara aunque ſupiera ciertamente, que me eſperaba para ſiempre el infierno.*

Tenia ſu voluntad eſtrechamente unida à ſu Bien amado: de quien no ſe apartaba un ſolo inſtante, buſcandole, yà en la oracion retirada, todo aquel tiempo, que le dexaban libre ſus ocupaciones: yà en las ocupaciones miſmas, en que rectificando la intencion, ſe lo ponia delante, y le ofrecia una por una ſus fatigas, ſus acciones, y haſta lo mas menudo, en que ſe mantiene la vida; anciando en todo ſu mayor gloria como

hijo verdadero del Grande Ignacio: cuya acrysolada santidad aprendiò este su fiel Alumno, y practicò puntualmente, glorificando á la Divina Magestad en todas cosas posibles. No avia para èl accion indiferente: porque con el soberano motivo que se proponia las elevaba todas à divinas. Por esso aun las poquissimas palabras, que salian de su voca, eran espirituales, edificativas, y santas: porque en caso de hablar, ò avia de ser con Dios en la oracion; ò de Dios con los hombres, deseando, que encendidos estos en su fuego le hiziessen compañia, y ayudassen á amarlo con sus corazones. Este favor pedia instantemente â su Dueño amado, y à los Santos del Cielo. Y si alguno confidencialmente desahogaba con èl su pecho communicandole sus aflicciones, solo le respondia: *Amemos á Dios; y todo se nos harà suave, y llevadero*. Hablaba de experiencia el H. Augustin: porque como huviera tenido tanta delicia en el padecer, si el amor de Dios que lo posseìa, no le endulzara las mortificaciones, y los trabajos? Por esso solo padecia, en lo que no padecia: porque estaba violento su deseo, no solo de no ser atormentado por Christo; mas de no sentir en alma, y cuerpo alguna parte de su acervissima Passion; lo que aviendo pedido al Señor mismo, â su Madre Santissima, y à los Santos sus devotos no avia podido conseguir su fervorosa instancia.

Quien tan rectamente subia en las alas del amor à unirse con el sumo Bien; claro està que avia de apar

tarse-

tarse, quanto dista el Cielo de la tierra, de los confines de la culpa. De la mortal, ni aun duda puede aver: de las veniales, testificò su cuydado, que las procurò evitar atropellando con todo humano respecto, quando se le proponia aun la mas leve ofensa de Dios, y aun qualquiera falta de regla, que no excede de pura imperfeccion los limites. Como tenia altissimo concepto de la Bondad divina no se contentaba con la justicia, que no admite graves pecados; sino que justificandose mas, y mas, concebia horror à lo mas ligero como si fuera grave. Y este era el assumpto de sus peticiones: que lo librasse Dios de ofenderle, y que alumbrando con eficazes luzes de su gracia à los pecadores, los sacasse de su miserable estado; para que se empleassen en su amor. A este fin contribuìa con la energìa de sus exhortaciones, quando lo ofrecia la oportunidad, y siempre con la muda, pero aun mas poderosa persuacion de sus exemplos; que entrandose por los ojos herian à quantos los miraban; sirviendo à unos de compuncion, à otros de freno, y à todos de motivo para alabar à Dios. No fue poco admirable el que diò una vez, que caminaba para una de nuestras haziendas. Aviendosele cansado en la mitad de la jornada la bestia en que iba, se viò precisado á hazer noche en una desabrigada choza, que encontrò acaso seis leguas antes del termino destinado à su viaje. No hallò en la possada que comer, ni cama en que dormir, ni reparo contra el agua, que llovia el Cielo: pero ninguna de estas incommodida-

des lo fue para el mortificado caminante: quien solo sentia perder la Missa el dia siguiente, que era festivo. Este escrupulo lo hizo madrugar tanto, que pudo entrarse en la obligacion, y cumplir con ella llegando al paraje, â tiempo que todavia no se avia celebrado el Sacrificio: assistiò à èl, y aviendo comulgado, quedò contentissimo por aver observado el precepto: y tambien por aver satisfecho à su devocion.

Si la charidad mira en el Cielo à Dios; en la tierra mira por Dios al proximo. Este nivel seguia el H. Valenziaga en amar â los hombres, sin declinar en sus afectos, à unos mas, à otros menos, por natural inclinacion; negandose aun à aquella, que se apropria por innato derecho la patria. Amanse communmente con ternura, todos los que nacieron en un mismo païs: entre todos señala este amor â los Vazcongados, y mas quando concurren en tierras donde son estrangeros. Pero el H. Augustin con su despego, à todos sus compatriotas parece que negaba su territorio, como que fuesse hombre peregrino en todo el mundo. Pidiòle una vez un antiguo conocido suyo, que por païsano le diera parte en sus oraciones: y el H. Augustin respondiendo con el sonrojo añadiò estas palabras: *Lo haré no por païsano, sino por Dios.* Singularizabase solamente su charidad con aquellos, en que con los charactères de sus miserias veìa mas al vivo copiado à Jesu-Christo, que son los pobres, y los enfermos. A estos visitaba, consolaba, y se les ofrecia para hazer con toda volun

tad quanto conduxesse à su alivio. A aquellos socorria con las cortas limosnas, que le permitia su exacta pobreza deseando tener mucho, para remedio de sus necessidades.

Esta compassion oficiosa de las estrañas miserias naciò, y creciò con este compassivo espiritu, que desde niño sabia partir su pan con los mendigos: y siendo mayor quando estaba de pretendiente, les daba toda su comida à los hambrientos: y â uno en que viò clamar la desnudez; lo abrigò con su propria camisa, quedandose èl desnudo. En esta Ciudad siempre que, ò encontraba en la calle, ò escuchaba desde su aposento à alguno de este desdichado gremio, lo socorria segun su possibilidad: y no teniendo que darle se hazia su agente, rogando à los compañeros le hiziessen el bien, que èl no podia. La finca para sus limosnas era el chocolate: de que le privò su mortificacion especialmente en el año de la epidemia, en que llegaron las necessidades â ser extremas: y parece que atendiendo Dios à su deseo, le multiplicaba en las manos los pocos reales en que convertia el chocolate de su desayuno: porque à ninguno que le pidiesse despachaba vacìo: y eran muchos los que pedian. En todos los Colegios en que viviò, siempre que pudo se hizo cargo de repartir à los pobres la limosna quotidiana; por satisfacer à su piedad: añadiendo de lo suyo la paciencia, la mortificacion, y el amor que à todos admiraba. Quando era dueño de la accion por razon de su oficio: perteneciendole

dole disponer la comida de las carzeles como en el Colegio del Espiritu Santo, à màs del amor, ponia el trabajo personal; para que saliesse sazonada: y procuraba que fuesse bastante, conociendo que no podia aver superfluidades, que escusar, donde estaba la hambre como en su region, en lo extremo de la necessidad. Llegado el dia de darla no cedìa à otro el molesto afan de repartirla, y por realzar à la misericordia con su propria humillacion se aparejaba con un delantar grosero de paño, y mangas pardas: y dexandose vèr con esta gala tan despreciable, como ridiculo en aquel teatro, à que concurren muchos expectadores; la conservaba hasta finalizar la funcion. Quiso una vez el P. Rector escusar aquel espectaculo de risa, y diciendole, que no era necessario aquel reparo, obedeciò el Hermano promptamente: pero doblando al disimulo ambas rodillas, perseverò en esta postura todo el tiempo, que durò la comida, aviendo satisfecho su devocion, y commutado una mortificacion con otra por servir à los pobres con la reverencia misma, que à Christo, à quien en ellos adoraba.

Siendo este bendito Hermano todo charidad para con los proximos, era precisso que le hiriessen en lo mas vivo del alma sus faltas aunque fuessen levissimas, y nacidas de inadvertencia. Examinaba con grande cuydado todos los dias, su conciencia sobre este punto, y si hallaba alguna luego la castigaba con una extraordinaria penitencia. De su voca jamàs saliò pala-

bra

bra picante, ni que pudiesse desdorar la opinion agena: afirmando quantos con èl vivieron, que nunca le oyeron murmurar, ni consentir en alguna murmuracion: y esto aun quando era publica la culpa, procurando escusar, ya que no el hecho la intencion. En un cèlebre litigio, que era la materia de las conversaciones, preguntado de su parecer, y repetidas vezes instado, para que dixesse à qual de las partes daba la justicia; à ninguna condenò su charidad, y por fin su respuesta fue: una, y otra tendràn sus razones. El miramiento mismo tuvo con un sirviente à quien avia preso la Justicia, y sabiendose en casa el sucesso, nunca se le pudo sacar al H. Valenziaga el delicto, que fue causa de su prision: respondiendo à los que le preguntaban con el silencio: porque su escrupulo le hazia temer, que la declaracion ofendiesse en su fama al sirviente. Tuvo mientras estuvo en el Colegio del Espiritu Santo, encomendada la visita de oracion, y assi en este, como en los otros en que viviò, varias intendencias, que necessitaban de fidelidad, y zelo, por conducir à la observancia regular; y siendole forzoso avisar al Superior las faltas, que advertia en los nuestros, pertenecientes à su oficio, aqui era donde mas se atribulaba su espiritu: porque aviendo de cumplir con lo que la obediencia le mandaba lo detenia la charidad, proponiendole el descredito, que podia resultar en el delinquente. En este conflicto acudia primero à Dios, despues consultaba à los Padres mas doctos, y religiosos de la casa: y aviendo propuesto

 des-

desnudo el caso sin expressar sugetos seguia su consejo: y usaba de èl con tal moderacion, que aviendo de delatar al Prelado la falta; descubria de ella lo que juzgaba bastante para el remedio, callando muchas de sus circunstancias: y aun el nombre del author, quando sin su conocimiento se podia dàr la necessaria providencia.

De ninguno sospechaba mal: todos eran buenos en su juyzio, y de todos hazia confianza: aun de los sirvientes domesticos, que no suelen ser los mas fieles. Y teniendo el H. Valenziaga una gran vigilancia, y cuydado de que las cosas que manejaba no se menoscabassen en las manos de aquellos, que forzosamente las avian de disponer; jamàs se persuadia, que ellos usurpassen para sì, maliciosamente alguna parte, aun la mas tenue, dando credito à sus razones, y escusando porfias, porque en la replica se suele demasiar el ardor: y padecer la veracidad del contrario, de que tenia despues el H. Augustin mucho sentimiento. Sucediòle assi una vez, que diciendole otro oficial, que todavia faltaba de lo necessario, que avia dado para la Communidad: y respondiendo, que no podia ser; por averse ajustado en la provision al numero de sujetos, que tenia en su tabla; cayendo despues en la cuenta de que aquel su reparo, era dudar de la verdad del que le reconvenia, se contristò desuerte, que confuso, y avergonzado le pidiò perdon mas con lagrimas, que con palabras, como lo acostumbraba siempre, que conocia averse alguno

ofen-

ofendido, de alguna de ſus inadvertencias. De nadie ſe ſabia ſentir ſino de sì meſmo, atribuyendo à poca charidad ſuya, las que eran faltas de otros: que llevados de la paſsion ſolian mortificarle con malos modos, y peores palabras; pero como la charidad todo lo ſufre, el charitativo Hermano ſe hazia admirar yunque prodigioſo de la paciencia.

Contribuyeron à eſta en gran parte los oficios, en que ſiempre lo tuvo la obediencia. Eſmerabaſe en dàr â todos guſto: y no dandoſe algunos por contentos cenſuraban ſus operaciones, calificando eſcasès miſera al eſpiritu de pobreza: deſatencion ruſtica, ſus eſcuſas, à lo que no podia por falta de licencia: caprichoſos dictamenes â ſu rendida obediencia: y falta de ſolida virtud, à ſu exactiſsima obſervancia de reglas. No fue menos lo que tolerò à los ſirvientes; quienes aunque fueſſen plebeyos Indios, hallaban en eſte buen Hermano dulzuras de Padre, y no aſperezas de Señor. De las que abuſando ſu atrevimiento, no reuſaban deſvergonzarſe con quien tanto le ſufria: porque la experiencia les enſeñaba, que ſu virtud le ataba las manos para el caſtigo. Toleraba tambien con paz inalterable las irracionables quexas de aquellos, que aun eſtando muy hartos, todavia tienen que murmurar de quien los ſuſtenta. Con palabras muy apacibles, reſpondia à los quexoſos: y con ſanta ſeveridad corregia â los culpados ſin propaſſarſe en las expreſsiones, ſin levantar la voz en grito, ſin hazer ademanes de enojo: porque aun

ſus

ſus proprios agravios no hazian impreſsion en ſu ſerenidad, y à todos reſpondia: *Què ſe ha de hazer? Paciencia.* Al dicho, acompañaba la obra: y à eſta añadia muchas gracias à Dios, porque le daba que ſufrir por amor ſuyo: y eſpeciales obſequios à los que lo atribulaban; porque los miraba como à ſus bienhechores. Y tal vez pidiò particular licencia para deſempeñar ſu gratitud con un ſujeto, que mal ſatisfecho de las expreſsiones con que el H. Auguſtin lo avia procurado deſenojar, continuaba en acryſolarle ſu merecimiento: como ſi para eſte fin no le ſobraran al Hermano en ſus continuas enfermedades martillos, que le labraran corona de oro.

En el cuerpo la mas cruel eran las dos fracturas, que aunque imperfectas, pero irritadas con el exceſsivo trabajo, y ninguna eleccion en el alimento le ocaſionaban tan vehementes dolores, que ni en pie, ni recoſtado le permitian treguas. Solamente tenia alivio en conformarſe con la voluntad de Dios: â quien pedia apretaſſe la mano mas, porque èl no queria otra coſa, que padecer. Por no privarſe de eſte logro, nunca ſe aplicò medicamento, ni usò reparo para eſtorvar de eſte domeſtico tirano los inſultos. Luego que ſe aliviaba volvia à la tarèa: y permaneciendo las cauſas miſmas fomentadas de ſu cuydadoſo deſcuydo, recrudecian los penoſiſsimos efectos muy à menudo, y lograba el doliente todo ſu deſeo. En el alma experimentaba batallas nacidas de tentaciones, de eſcrupulos, de temores, de

du-

dudas, de triſtezas, y de congoxas. Lo admirable es, que juntandoſe en eſte palenque tantos martyrios, añada en ſus apuntamientos eſtas palabras: *Todo eſto es poco para quien deſea padecer mas, y mas por JESUS, y MARIA Santiſſima de mi corazon.* Deſeaba mas, aun teniendo mucho: de que ſe infiere el guſto con que llevaba ſus penalidades, y la ſeriedad del afecto con que pedia à Dios le negaſſe todo placer temporal; para hartarſe de las amarguras del Crucificado. Ignoraba eſte interior, uno de los que lloraban ſu tranſito à las Indias, quien empeñado en diſuadirle la empreſſa le proponia, que en eſta Provincia avia de emplear ſu vida toda abatido entre el ollin, y entre las ollas de una cozina. Pues à conocerlo, no le huviera repreſentado el retractivo de los trabajos, que no apetecia menos eſte humilde eſpiritu, que ama el avariento los theſoros, teniendo por indubitable, que eſtas monedas eran las que en los ojos de Dios le avian de enriquezer: y que quanto ſe abatieſſe en la tierra, tanto mayor ſeria en el Cielo.

Como el H. Auguſtin meditaba levantar una elevada fabrica de perfeccion, profundaba el cimiento de la humildad eſtudiando ſiempre humillaciones. Las que ſe acoſtumbran en nueſtros refectorios, obſervò ſiempre como ſi fuera novicio: en ſus oficios ſe portaba como ſiervo de todos: y no ſe diferenciaba de los criados mas, que en ſervir, excediendolos á todos en el trabajo, y en el traje groſero con que aparecia fregando platos, diſponiendo las ollas, y atizando los fogones.

Eſte era, aquel delantar, que con achaque de limpieza ſe veſtia con eſpecial eſtudio, quando avia mas concurſo de hueſpedes, hecho de mueſtras, y orillas de paño, y hazia terno con unas mangas de palmilla, tiznadas, y mugrientas por el mucho uſo, que de ellas tenia el humilde Hermano en ſu oficina: no dedignandoſe de los mas viles miniſterios, y reconociendo como à Superiores ſuyos à los Padres à quienes ſervia. Ni ſolo en actos de communidad tenia tales reſpectos: los obſervaba aun en los mas privados. Solia eſtàr en un apoſento, y lo miſmo era entrar algun Sacerdote, que poneſſe en pie con los brazos cruzados: perſeverando en eſta poſtura, mientras el Padre no le mandaba tomar aſsiento. Y aun deſpues del mandato ſe eſcuſaba de admitir el favor, haſta que inſtado ſe ſentaba en el poyo de la ventana, ò en otro inferior lugar, correſpondiente al que de sì tenia en ſu eſtimacion, que era viliſsimo. De aqui nacia llamarſe muchas vezes en ſus apuntamientos guzanillo lleno de amor proprio, y ſobervia, vivo en ſus paſsiones, indigno de piſar la tierra, que piſaban ſus hermanos. Y avivando eſte concepto con la conſideracion de las divinas excelencias; ſe confundia tanto, que deſeaba vivir debaxo de los pies de todos. Y mirandoſe como gran pecador deſconfiaba de ſus virtudes: temia ſu eterna ruyna, y pedia inſtantemente à Dios, uſaſſe con èl de miſericordia. Solian acometerle los blandos ſoplos de la vanidad: pero los convertia en propria confuſion, poniendo la viſta en ſus defectos,

que

que calificaba su rigida censura gravissimos. De nada huìa mas, que del vicio de la sobervia, al que le cerraba las puertas todas: y oyendo gustoso sus desprecios; nunca pudo sufrir sus alabanzas: y assi en nada mas mostrò el rendimiento de su humildad, que en escribir su vida, quando se lo mandò el Superior. Obediencia, en que se observaron dos cosas muy particulares: una, que disminuyendo sus virtudes, abultaba sus defectos con ponderosas expressiones: otra, que desde el año en que cessò el mandato, no escribiò una sola letra mas; porque solo pudo prevalecer à los recatos de su humildad la fuerza poderosa de la obediencia. La que retirando el assedio, hizo que volviesse â su dominacion la humildad.

Pero como el verdadero humilde, es tambien obediente verdadero, continuò humillandose el H. Valenziaga, aun quando escribia sus recomendaciones: porque en aquello sujetaba su dictamen al del Superior, à quien veneraba Dios visible en la tierra. Por esso executaba puntualmente sus ordenes, y tenia su voluntad por regla de la propria. A èl acudia en todas sus dudas: y nada hazia sin su beneplacito, assi en lo que tocaba à sus exteriores oficinas; como en lo perteneciente â la de su Alma, pidiendo licencia para sus mortificaciones, exercicios, y demàs actos virtuosos, que practicaba, aun los mas menudos. Era nimio en obedecer: porque tenia bien entendido, que en los apices està la perfeccion de esta virtud. Y assi no admitiendo en su observancia

parvedad de materia; igualmente la exercia en lo poco, como en lo mucho: en lo odioso, como en lo favorable: en lo que era contrario à su deseo, como en lo que le era conforme. Dixole uno, recien venido à esta Provincia, que para defender la cabeza de los ayres delgados, que en estas partes soplan, podia traèr virrete: luego se lo puso sin replica. Insinùole otro, que aquel abrigo no era necessario: y no lo volviò à usar, sino estando enfermo. Tenia licencia para abstenerse del chocolate en los dias de ayuno: y revocandosela el Superior; dexò sin repugnancia esta mortificacion. Finalmente aviendo ido con el H.Soto-Ministro à prevenir desde el dia antes un assueto en nuestra hazienda de Amaluca; reparò que su cama en el aposento de su hospedaje estaba á la mano derecha: y ofreciendosele luego la regla, que manda especial respecto para con los Superiores; al instante la hizo mudar, dexandole el lugar mejor al Hermano, que por su oficio es Superior de los nuestros. que no son Sacerdotes.

Si huviera de discurrir la pluma por los casos, que en toda su vida acreditaron la obediencia de este exacto Jesuita, seria querer contarle todas sus acciones: porque aun las que son necessarias, elevaba su deseo al motivo de hazer en ellas la voluntad de los Prelados. Por esso no brujuleaba en sus ordenes la congruencia, ò incongruencia à los fines: y solamente reparaba si tenia orden opuesto de otro Superior. Teniendolo lo representaba; para hazer lo que en vista de la propuesta del

del primero, le resolviesse el que le daba el orden segundo. Como era Argos para descubrir lo que, ò por ordenaciones, ò por reglas, ò por costumbres se debia hazer; asi en el executar era topo, bastandole para ello ser obediencia. La que faltando no era dueño, ni de hazer un corto agasajo. Esta su exactitud le ocasionò muchos sinsabores: porque negandose à algunas peticiones, por no tener licencia; â esta respuesta tan religiosa, volvia tal vez la inconsideracion un mal modo. El unico que avia para que el H. Augustin en nada reparasse, era prevenirlo con el gusto del Superior: pues este parece que tenia gran predominio, aun en las naturales pasiones del cuerpo. En su enfermedad ultima se hizo palmar este prodigio: porque aun estando falto de acuerdo con la fiebre, y repugnando la naturaleza viciada el alimento, al oìr que lo mandaba el Superior, lo tomaba: y no como quien vencia repugnancias; si, como quien condescendia con la apetencia recuperada á la voz del mandato. Los medicamentos, que en este tiempo se le aplicaron fueron muchos: y teniendo asi en los Medicos que receptaban, como en los enfermeros que le asistian multiplicados superiores; todos los recibia deseando, como lo consiguiò morir obedeciendo. Fue fiel eco su muerte de su vida: porque haziendo naturaleza la virtud la exercitaba, aun quando los accidentes corporales embargaban la libertad. Observaron todos con admiracion, que ni en los ultimos extremos de la vida, se advirtiò en el moribundo desobedien-

diencia, aun indeliberada al contenido de nuestras santas reglas.

Argumento irrefragable, que convence el cuydado, esmero, y puntualidad, con que observò todo lo que en nuestro municipal derecho se contiene, el tiempo antecedente desde que entrò en la Compañia. Ninguno le advirtiò falta, no yà en lo que es constitucion, pero ni en lo que es pura regla, y que pierde su vigòr quando ocurre la necessidad de lo contrario. Recien llegado à este Reyno el H. Augustin, estaba quasi en un todo ignorante del lenguaje castellano: y siendole forzoso para darse à entender, apelar al nativo de su Patria, que entendia el Procurador à quien acompañaba, elegia antes dexar ocultos sus conceptos, que explicarlos en el natural vazcongado, por no contravenir à la regla, que quiere se hable la lengua de la region, en que el Jesuita reside, obligandolo à que la aprenda. Y para reducirlo á que con sus vozes se explicasse, fue menester reconvenirlo con la excepcion de utilidad, que en el mismo texto se pone: declarandole, que en las presentes circunstancias era, no solo mas util, sino del todo necessaria la suya natural. No me detengo en prolixas inducciones: porque pudiera traèr muchas de cada una de las reglas, y esto serìa hazer, que passasse à volumen, la que se prometiò Carta. Pero para insistir en la materia misma con la armonìa, que tienen las virtudes de Varon tan fervoroso, desciendo à expressar el exacto cumplimiento à las substanciales obligacio-

nes

nes de ſu religioſo eſtado; no en lo que ſon comprehendidas del voto, porque fuera agravio de ſu ſantidad detenerme en decir, que no cometiò culpa en ſu obſervancia: ſi, en lo que para ſu mejor obſervancia, previnieron las reglas: que es realzè con que ſe convence, y evidencia quan lexos eſtuvo eſte fiel Siervo de propaſſarſe à lo pecaminoſo, quando tuvo todo ſu cuydado en no tocar quanto le fuera poſsible la raya de lo imperfecto. Yà queda baſtantemente dicho como venerò las leyes, con que ſe reſguarda la obediencia religioſa, paſſo à expreſſar como practicò aquella con que ſe defienden la pobreza, y la caſtidad.

De las coſas el pobre evangelico no tiene mas, que el uſo; y eſte en la Compañia depende, como ſabemos, en un todo de particulares licencias; ſin las quales no es licito uſar aun de las neceſſarias, y pequeñas. No tenia alhaja ſuperflua el H. Auguſtin: y las que tenia neceſſarias era con beneplacito expreſſo del Superior. Su comer, veſtir, y dormir era como coſa propria de pobres, imitando à los mas miſerables. Su veſtido era uſado, y groſero: ſu comida, aun en los dias claſicos, la ordinaria: ſu apoſento, ſin otro ajuar, que una meſa deſnuda, y una ſilla vieja: ſu cama una eſtèra, que le ſervia de colchon, y una harpillera de jarcia, que llamamos vulgarmente guangochi, que le ſervia de manta. Deſuerte, que todos los eſpolios, que ſe hallaron en ſu fallecimiento fueron unas eſtampitas de papel, que le avia hecho poner en ſu apoſento el Superior: porque

eſcru-

escrupulisando recien venido en una laminita de la Santissima Madre Dolorosa, y algunas Imagenes, que avia puesto por su devociõ, tambien muy ordinarias; se despojò de ellas contentandose (como èl mismo decia) con tener en su corazon à los Santos. Tenia licencia para tomar de sus oficinas, lo mismo que podia dàr á otros: y socorriendo las agenas necessidades, no tomò jamàs para sì un mendrugo de pan, fuera del que à èl como à todos se daba cada dia. Y aun de este se quitaba el frezco, y acallaba su necessidad con el duro, que era sobra del dia antecedente. Manejaba bastante dinero, y lo cuydaba como fiel administrador, procurando que se gastasse bien, y que no huviesse desperdicio, y auxiliando à la santa pobreza su rara economia le diò al Colegio muchos ahorros: porque se minoraban las necessarias expensas, poniendo el H. Valenziaga su actividad, industria, y trabajo personal.

En la pureza fue Angel: y este concepto formaron de este Joven castissimo, quantos le communicaron de cerca, persuadiendose à que en su innocente Alma nunca se abrigò afecto torpe, que la deslustrasse. Y parece fue assi, pues desde niño se acostumbrò à assegurar la victoria en la retirada; y añadiò en la Religion un gran cuydado en las puertas de los sentidos, por donde dàn el assalto, y roban los enemigos esta joya inestimable. Tenia siempre los ojos bajos en las visitas; por no encontrarse con los incentivos: hablaba muy poco, y palabras santas; por impedir qualquiera amago: procura-

curaba no oìr, ni atender â las conversaciones: por escusar infernales insultos: se armaba del cilicio, para tener humillada su carne: con lo que pudo salir limpio. Y porque à su merito no le faltasse en las batallas lo heroyco; diò el Señor permisso al Angel de Satanàs, para que lo afligiesse con tentaciones impuras. Desde los catorze años entrò en esta lid insufrible, en que contò tantos triumphos, quantos fueron los ataques del enemigo, que à todas horas le assaltaba variandole objetos en el theatro de la fantasìa, al fin de desllustrar quandó menos la hermosura del virginal candòr. Viendose el angelical Soldado de Christo tan prolixamente acozado, ponia en el Cielo sus clamores, y explicaba sus angustias con estas palabras: *Qué martyrio tan penoso para una Alma temerosa de Dios, y deseosa de amarle; verse tan frequentemente combatida con tentaciones de ofenderle!* Armabase contra este peligro con la oracion, Sacramentos, y penitencias. Y aunque la fuerza del demonio, y rebeliones del sensual apetito duraron otros catorze años solamente; los rigores de la mortificacion no tuvieron fin, sino con la vida.

Al principio se ponia cilicio, quatro vezes à la semana: despues le permitiò el Confessor à sus instancias, que lo usasse todos los dias, por ultimo consiguiò su fervor licencia para doblar el martyrio, trayendo cada dia por lo menos dos: en que se veia toda aquella horrorosa variedad, que intentò el espiritu rigido de la penitencia; cordeles nudosos, erizadas cerdas, y azera-

das

das puntas, que rompiendo la carne dexaban en ella lastimosos estragos. Las disciplinas eran sangrientas, y muchas vezes triplicadas al dia. Su cama en los ultimos siete años de su vida era una tabla desnuda, y quando mas una estèra: su almohada yà una dura viga, yà un costalillo relleno de piedras, y cascajos. Aqui descansaba el H. Augustin, ofreciendo su devocion en nombre de JESUS, y MARIA su religioso lecho à los pobres, que se imaginaba mas necessitados, y quisiera traér, para que con efecto en èl descansassen. Su abstinencia era rigidissima: apenas se distinguia del ayuno en la calidad del alimento, porque en la quantidad no excedia de lo muy preciso, negandole al apetito quanto podia recrearlo. Nunca gustò dulze, fruta, ni aquellos religiosos extraordinarios manjares, que en los dias festivos se sirven en nuestros refectorios. Entre dia aunque tuviesse flaco el estomago, no tomaba refeccion alguna; ni el subsidio comun del chocolate, sino era para el desayuno. Del que tambien se abstenia en los dias que, ò por precepto, ò por devocion ayunaba: y eran à màs de las Quaresmas, Temporas, y Vigilias Ecclesiasticas; todos los Viernes, y Sabados del año, y las visperas de sus Santos Patronos.

Propuso este Heròe penitente, y lo cumpliò, no dàr â sus sentidos gusto: y negandoselo al de la gula con su inalterable abstinencia; se lo negò tambien à los ojos, y oìdos mortificando en estos la curiosidad, y cerrando aquellos para todo lo que era diversion. En

Vi-

Villafranca ſolian tener los Hermanos Eſtudiantes algunas repreſentaciones feſtivas, à que acudian los ſujetos todos del Colegio; menos el H. Auguſtin, que eſſe dia ſe neceſsitaba à no ſalir de ſu apoſento. En eſta Ciudad de Mexico ſe hallaba, quando ſe celebrò la Jura del Señor Luis I. y llevandole un Padre conocido, para que recreaſſe el animo con la rica compoſicion, y exquiſito adorno de las calles, diò el H. Valenziaga la vuelta à ſu Colegio, ſin aver viſto coſa alguna de quantas expuſo la Mexicana grandeza al publico regiſtro. Porque no queriendo diſpenſar en ſu modeſtia; llevò por todo el camino tan bajos los ojos, que no miraba mas que la tierra con ellos; y con el penſamiento à Dios, por cuyo amor ſacrificaba en las aras de la mortificacion, el natural apetito de vèr lo que todos le encarecian. Aſsi miſmo concurria con todos los demàs, â eſta Caſa Profeſſa, que venian para gozar de las muſicas feſtivas, ingenioſas invenciones de ſaraos, marchas luzidas, y magnificos carros, que forzoſamente avian de paſſar por ſus fronteras: y quando todos ſe prevenian en ventanas, porteria, torres, y azoteas, para no perder eſpectaculo tan delicioſo; el H. Auguſtin buſcaba en el choro de la Igleſia un rincon, en que gaſtaba toda la tarde pidiendo à Dios eſtorvaſſe los muchos pecados, que por lo ordinario ſe cometen en ſemejantes diverſiones.

Todo ſu recrèo era la oracion. Cerraba los ojos à los apacibles objetos de la tierra; por conſiderar mejor las perfecciones, y excelencias divinas. Cerraba tambien

bien los oìdos à las mundanas consonancias, por tenerlos desembarazados del todo à las vozes con que Dios le hablaba al corazon. Comenzò, aun siendo tiernecito à tener su conversacion en los Cielos, y continuando en este santo exercicio; se habituò tanto à èl, que toda su vida fue una continuada oracion. A màs de las muchissimas devociones vocales, con que cada dia entonaba su espiritu alabanzas divinas animadas de ardientes afectos, daba muchas horas à la meditacion silenciosa, en que obraban solas en lo interior las potencias. No puede ceñirse â determinada calculacion el tiempo destinado à este ocio divino: porque unos dias era mas, otros menos. Pero siempre era mucho: porque era todo el que tenia libre de sus oficios, y en todos afanaba, por usurar con sus diligencias instantes, que emplear con su divino Dueño, à quien jamàs perdia de vista: desuerte, que aunque dividian sus haziendas exteriores el tiempo; no interrumpian el comercio divino. Estaba este bendito Hermano metido en la fuga de las domesticas providencias: y al tiempo mismo rectificando la intencion, ofrecia à su Dios todas sus acciones. Salia à la calle acompañando à los Padres; y sin faltar à la cortesanìa con un silencio imprudente; iba encaminando à la mayor gloria divina sus passos. En los negocios del Padre Procurador, especialmente quando este iba à la Real Audiencia, donde gastaba à vezes tres horas: esta detencion, que para otro fuera intolerable molestia, para el H. Augustin era fortuna:

porque todo esse tiempo se hallaba mas, para introducirse en los secretos de la Divina Magestad. Estaba tan dispuesto para ello, que de qualquiera lugar hazia oratorio: y entre el mayor bullicio encontraba un retiro muy à proposito para el negocio de su espiritu. Recogido este dentro de sì mismo, quedaba como fuera del mundo: de que se seguia, que lo hallassen muchos, yà en el choro, yà en su aposento enagenado de los sentidos. Porque no percibiendo el ruìdo del que, ò le tocaba à la puerta, ò se le acercaba, no tenia lugar para prevenir el encuentro: y assi muchos le vieron de rodillas, y con los ojos clavados en el Cielo.

Por mas, que el H. Valenziaga procurò en este particular el disimulo; no pudo escusar tener muchos testigos de su interior: porque unos lo eran de vista en las yà dichas circunstancias, otros de oìdos: por el que entraban los tiernos coloquios, ardientes jaculatorias, y violentas expressiones, con que este hombre endiosado desahogaba la abundancia de su corazon, quando se imaginaba solo, ò quando la vehemencia del afecto le quitaba la reflexa de que avia circunstantes, que le escucharan. En los annuales exercicios de N. Santo Padre, encendia mas este fuego al soplo de màs prolixa meditacion; sacando de ellos siempre nuevos propositos, para arreglar su vida: y pareciendole poco subsidio à su espiritu tan dilatado discurso, ideò industrioso su deseo dedicar cada mes tres dias, en que retirado quanto pudiesse de las exteriores intendencias, tratar de su

 espi-

espiritual aprovechamiento. Obtenida para ello licencia, puso en planta el arbitrio desde el año de treinta: y lo continuò hasta el de su muerte Señalaba los dias: y para tenerlos desembarazados, evacuaba en los antecedentes, toda manos su actividad quanto pudiera ocuparlos. Daba las providencias necessarias: y lo disponia todo desuerte, que no hiziesse falta su retiro al expediente de su obligacion. Pero si aviendo emprendido esta distribucion mensal; ocurria alguna impensada circunstancia, que lo necessitasse à interrumpirla; comenzaba de nuevo el dia. Y sucediò vez, que ocurriendo muchas de estas circunstancias, volviesse el Hermano à reasumir la carrera, porfiando su constancia hasta concluirla sin especial interrupcion.

De esta fragua salia aquel incendio divino, que respiraban sus acciones todas, como de verdadero amante de su Dios: à cuyo amor hizo digna correspondencia el que professò desde niño, el H. Augustin à MARIA Santissima. Al diario tributo del Rosario, añadia particulares obsequios. Visitaba muchas vezes à mañana, y tarde su Imagen: con la que se requebraba su ternura, llamandola Madre; y protestaba su respecto reconociendola Señora. Contentandole este titulo à su humildad, se ofreciò por su esclavo: y à este fin otorgò carta entregandole à la Gran Reyna el alma, con sus potencias todas, el alvedrio, y los pensamientos: el cuerpo, con todos sus sentidos, la vida, sus respiraciones, y su muerte; para servirla, amarla, y tenerla siem-

pre

pre con su dulce JESUS en el corazon. Y assi decia: *Todo ha de ser amar á JESUS, y á MARIA. No ay vida sin JESUS: no ay consuelo sin MARIA.* El jornal de esta gloriosa esclavitud, eran muchas mortificaciones; especialmente las del Sabado: las Novenas con que prevenia sus festividades: y el culto muy particular con que veneraba à su Lauretana Imagen. Colocòla en una pequeña Capilla, que està en el Colegio del Espiritu Santo immediata â la dispensa. Aqui tenia ardiendo perpetuamente una lampara; sin otras luzes, que de noche encendia, y augmentaba en las precedentes â sus Mysterios. La hermoseò con varias pinturas, que se concluyeron despues de su muerte. Instituyò en ella una privada Congregacion de los sirvientes, y celebrando con solemne Missa la fiesta titular en el dia de la Translacion de su Santa Casa, elegia Prefecto: cuyo oficio fuesse juntar â los demàs domesticos, para que alli rezassen el Rosario, y oyessen la explicacion de la Doctrina Christiana, que hazia todas las noches uno de los nuestros: añadiendo alguna exhortacion en forma de platica, â la devocion de la Señora, los dias de sus fiestas. Hazia las costas de estos piadosos gastos lo que ahorraba del chocolate su abstinencia, y lo que añadia el trabajo de utilizar industrioso algunos indispensables desperdicios, que habida licencia à fuerza de cuydado juntaba, y convertia en cultos de MARIA Santissima.

Si el amor filial à esta Señora, fue leche suavissi-

ma

ma, que nutriò el espiritu de este Angelico Hermano; juntamente lo fortaleciò el Pan de los Angeles, que como uno de ellos comia, con la frequencia mayor, que le pemitian los Confessores. Precedia para este acto mucha preparacion, que avivasse el deseo: acompañabalo una gran reverencia, que se transparentaba en devocion visible: seguialo larga accion de gracias, que lo encendia en divino amor; y siendo la penitencia el desempeño de todas sus obligaciones, en estos dias fabricaba sobre su lastimado cuerpo, nuevas ruìnas. No pudiendo hazer quotidiano este alimento, lo anciaba, como el acozado Ciervo las aguas; y lo buscaba en su Sagrario muchas vezes al dia, sacrificandole los deseos de su voluntad, y la fee viva de su entendimiento. El oficio, que tuvo mas conforme à su devoto genio, fue el de Sacristan, à este se aplicò siempre que pudo; por servir immediata, y corporalmente à su Señor Sacramentado. Cuya habitacion asseaba con prolixidad: recibiendo la paga de tal servicio en el mas tiempo, que lograba, para estàr en la presencia de la Magestad Soberana, derritiendose en afectos seraphicos. Jamàs tuvo el menor descuìdo en su assistencia: y siendo muy contingente, que aun aviendo mucho cuydado, la lampara tal vez se apague; el del H. Augustin ocurriendo à tales contingencias, hizo, y consiguiò, que ardiesse sin interrupcion alguna su luz de dia, y de noche; atizandola frequentemente, y levantandose muchas vezes del lecho à deshora, para reconocerla. La fee, que ardia en

su entendimiento, encendia en su voluntad al amor: y este como nunca dormia en el H. Sacristan, tenia siempre viva la llama con que se alumbraba el adorable Sacramento.

Aqui quisiera assistir immoble toda su vida esta Salamandra de la charidad: pero llevandole â otros ministerios la obediencia, solicitaba mucho tiempo para interessarse en el Santo Sacrificio: oìa por lo menos quatro Missas todos los dias, y huvo muchos de nueve. Y siendo succelsivamente, todo este espacio permanencia el H. Valenziaga arrodillado, y sin moverse como si fuera estatua: atento solo à los Soberanos Mysterios, que aun desde niño amò quasi por natural instinto: y à que se acostumbrò tanto; que siendo pretendiente en Ascoitia, y teniendo el cuydado de la cozina, hallò modo su devocion para oìr muchas Missas, sin faltar á su oficio. Adelantaba las faènas; y dexando puesta la comida en el fogôn, se subia à una cercana bobeda, desde donde con gran trabajo divisaba por un resquicio, quantas Missas se decian en la Iglesia; sin perder de vista su oficina, para acudir al reparo de qualquiera accidente, que pudiera sobrevenir en ella, y desacreditar su cuydado. A estos laudables principios, correspondieron gloriosos fines: porque creciendo con el tiempo, como la luz subiò à ser perfecto dia de santidad, fomentado de continua oracion, de la leccion de piadosos libros, y de una rigidissima mortificacion con que se negò aun à todo placer licito, à toda diversion,

aun-

aunque honesta, à todo amor proprio, y à todo aquello â que la propria voluntad lo inclinaba.

El fruto de todo este prolixo tesòn, fue vèrse en el H. Augustin de Valenziaga, un vivo adequado exemplar de nuestros Hermanos Coadjutores, quales los describen en pocas lineas las reglas de nuestro Instituto. Porque el principal cuydado de este fiel Siervo, fue la pureza de su conciencia, que à juycio de personas authorizadas, que la manejaron no contaminò, por lo menos culpa grave, persuadidos todos, que conservò hasta la muerte la innocencia, que sacò del baptismo. Procurò asimismo, darse con todas veras à las virtudes, que mas adornan, y perfeccionan el grado en que Dios lo puso; haziendose admirar en la devocion hombre lleno de amor divino: en la quietud del alma, que no turbaron los trabajos, los desprecios, ni las injurias: en la apasibilidad de su trato, que gobernò siempre la charidad: en el amor à la virtud, y deseo de toda perfeccion: á que llegò con la practica exactisima de las reglas, que prescriben los apices: en edificar à los de casa, y à los de fuera; que unos, y otros lo veneraban como santo: en el amor à nuestro Instituto; del que observando los fines se hizo utilisimo miembro de la Compañia, y la sirviò à satisfaccion suya, en quanto lo ocupò. Pues no por darse à la vida devota, se escusò de los ministerios de su vocacion, los mas bajos, y humildes: mostrando en el contento, con que en ellos se mantenia su disposicion para passar alli toda su vida, como

pas-

passò sus ultimos años en una dispensa, dõde le sobraba el trabajo, y el abatimiento, que se añadia sirviendo, como se le pudiera pedir à un esclavo: à quien no cedìa en la obediencia, en el respecto, ni en la humillacion.

Atendiendo Dios â esta, determinò por ultimo exaltar al que en ella yacia, poniendolo entre los grandes de su celestial Reyno. Disponiendole el camino embiò por delante los aposentadores de la muerte: que se le originò, como asseveraron los Medicos, de una fiebre maligna, propria del contagio, que aquel año fue epidemia en todo el Reyno. Con el comercio familiar, que tenia el H. Augustin con los contagiados, à quienes repartia el alimento; recibia de sus cuerpos los pestilentes efluvios, que arrojaban. No hizieron estos impression en el proprio, mientras los repelian vigorosos los espiritus, que actuaba con el mismo trabajo, la robustès; pero sucediò, que saliendo à la plaza la vispera del Año nuevo, que fue inclementissima: y constipandose con la lluvia, que lo mojò intimamente, como le faltò con el resfrio al cuerpo la transpiracion, pudo interiorarse el enemigo, y darle la mortal herida. No la sintiò el H. Augustin hasta el dia siguiente, que estando para comulgar; acometido de un repentino vaìdo, si no cayò en tierra, avisò à los presentes de su indisposicion: porque viendolo sentarse para acabar de oìr Missa, se persuadieron, que tanta novedad solo podia ser efecto de una extraordinaria causa, que descompusiesse notablemente un cuerpo, que estaba hecho à estarse de rodillas largas horas. Procurò el Hermano dissimular el

accidente, por no privarſe de la Comunion. Y aſsi recibido el Cuerpo de Chriſto Señor Nrò. y aviendo dado gracias con el eſpacio, que ſolìa, ſe ſubiò à ſu apoſento: y no para acudir à ſu rieſgo, ſi para cõtinuar en ſus tarèas; ſin querer oìr à los que charitativos le perſuadian, que cuydaſſe de ſu ſalud tomando alguna medicina oportuna. A eſtos reſpondia, que aquel ſu mal era melindre, cuyo remedio era el deſprecio, y el trabajo.

Siete dias ſe mantuvo en pie atendiendo à todos los meneſteres de la Communidad, como antes: y la fiebre, que deſde el principio avia apuntado; ſiendo deſatendida, ſe apoderò tanto del ſugeto, que lo huvo de rendir al ſepteno en la cama. Y aunque todo eſpiritu el doliente, todavia rehuſaba deſamparar el pueſto; obligado de la obediencia, ſe puſo en manos de los Medicos. Vinieron al punto llamados los dos del Colegio: y deſconfiando deſde la primera viſita del triumpho, hizieron todo esfuerzo por exterminar un contrario, que ſobre ſu malignidad, añadia la poſſeſsion pacifica del primer periòdo: que concluìdo comenzaba el ſegundo, quando yà no tienen lugar los medicamentos mayores. El deſeo, que todos tenian de vida tan precioſa, inſtaba à que no ſe omitieſſe diligencia alguna conducente â la curacion: pero burlandoſe la fiebre de la pericia de los Medicos, iba por momentos agravando el peligro. A ſu viſta ſe le adminiſtraron al enfermo los Sacramentos de la Euchariſtia, y Santa Uncion: dixoſele deſpues la Recomendacion del Alma: todo con aſsiſtencia de la Communidad, que enternecida admiraba en el moribun-

bundo una ſerenidad, placer, y alegria, en que manifeſtaba la de ſu interior. Preguntado repetidas vezes, reſpondiò, que no tenia coſa, que pudiera afligir ſu corazon, ò agravar ſu conciencia.

Ni podia tenerla quien no tuvo otro eſtudio en toda ſu vida, que agradar al Divino Juez. Y aſsi aſſegurado en el teſtimonio, que ſu buena conciencia le daba, prorrumpia en ſu mayor delirio diciendo à los circunſtantes: *Vamos, vamos al Cielo*. Todo el tiempo, que tuvo expedita la lengua, repetia los actos proprios de aquella hora, que le ſugerian los Padres, que le auxiliaban: y aviendo moſtrado una rara obediencia en quanto los Superiores, Medicos, y Enfermeros le diſponian; la perfeccionaba con no menor paciencia; ſin dàr indicio del menor ſentimiento, ſiendo mucho lo que con la enfermedad, y medicamentos padecia. Solamente explicò el que le cauſaba vèrſe aſsiſtido con tanto amor, y eſmero; alegando ſu humildad, que ſu vida no era digna de tanto trabajo, como el que para libertarla de la muerte tomaban ſus Hermanos. Entrò finalmente en el catorzeno, decretorio de la enfermedad: y entrando el H. Auguſtin en una congojoſa agonia, paſſadas quatro horas durmiò en el Señor el ſueño de los Juſtos; ſucediendo ſu dichoſa muerte Lunes 13. de Enero à las diez de la noche año de 1738. corriendo en quarenta y dos de edad, de Compañia en veinte, y de Formaciõ en diez.

Fue ſu muerte generalmente ſentida, de quantos le conocieron, y mucho mas de los que de cerca le trataron. Quienes deſahogando ſu dolor con la expreſsion

de

de alabanzas, que se avia merecido el defuncto, repetian lo que avian oìdo à personas muy graves, y cessudas de nuestra Compañia: Que el H. Augustin era verdadero Israèlita, en quien no huvo engaño, y verdadero Hijo de N. P. S. Ignacio: que era Angel en carne, y Dechado perfecto de los Hermanos Coadjutores: que era Hombre, de quien pudiera creerse, que hazia milagros. Quedò su Cadaver apacible; combidando á su veneracion: porque aun se hazia sentir en èl la santidad del Alma, que lo habitò. Hizosele el funeral con nuestra acostumbrada moderacion, y quedando el cuerpo esperando su premio para el dia de la resurreccion universal, en el Colegio del Espiritu Santo; conservarà toda esta Sta. Provincia su memoria, como de uno de los Ilustres Varones, que la honraron con su exemplar vida. Su Alma, à lo que podemos esperar, descansa en el Cielo elevada à throno muy eminente de gloria, como triumphadora del mundo, del demonio, y de la carne, con que glorificò à su Dios en la tierra.

Y aunque el H. Augustin de Valenziaga, como buen hijo, estarà rogando à la Divina Magestad por toda la Compañia, y muy en particular por esta Provincia, que despues de la de Castilla fue Madre suya, suplico à V. V. R. R. contribuyan con sus oraciones al bien de ella: y à mì me tengan presente en sus Santos Sacrificios. Mexico, y Marzo 13. de 1742.

Siervo de V. V. R. R. en Christo.

Matheo Ansaldo.